

ces, por las bramazones, ni el mar, y siempre me produce una emoción nueva.

—:0:—

## MI PRIMER DÍA Á BORDO

## MI PRIMER DIA Á BORDO

---

**A**L atardecer dejábamos atrás mi hermano *Duralis* y yo, seguidos de nuestro mozo y de una mula que cabestreaba cargada con el equipaje, las sombrías y frescas hondonadas, las cumbres nemorosas de Guaristemba y de Zingaita, sus veredas abruptas, roturadas en los berrocales de colgados respechos, desde cuyas últimas eminencias habíamos contemplado la mar como lejana llanura nevada, resplandeciendo con los rayos oblicuos del sol poniente; y ya en la obscuridad de la noche trotábamos por un estero seco, ancha avenida bordeada de manglar espeso y rematada en otro estero —el del Conchal— que atravesamos en pango, mediante un barcaje por personas y cabalgadura. A las ocho de la noche enfilábamos la calle principal del puerto de San Blas, casi solitaria. Ardían hacecicos de hierba fuera de las cabañas, para ahuyentar el jegén, insectillo morbosos de la co-

marca; en el centro de la calle algunas tiendas iluminadas recortaban en el fondo obscuro de la acera sus largas puertas, de donde salía un haz de vivísima luz, y en el término de la calle reinaba obscuridad profunda.

Apenas hubimos dejado los equipajes, nos encaminamos al mar. No veíamos sino ráfagas de espuma luminosa á corta distancia de nosotros, y en el lejano horizonte negras nubes, como saliendo de las aguas, y relámpagos continuados, seguidos de truenos sordos como estampidos de cañón distantes, cual si presenciásemos desde allí una batalla en alta mar: las naves envueltas en densa nube de humo, iluminada á intervalos por el fuego rojizo de la artillería, cuyo ronco trueno llegara hasta la playa, unido al de las olas; ó bien un naufragio en aquella soledad, en medio de deshecha borrasca, luchando la nave con el furor de las olas encrespadas y la fuerza indómita de vientos desencadenados, levantándose hasta los cielos, y descendiendo como á hundirse en el abismo. Casi no veíamos las aguas; ignorábamos, en aquella tiniebla, si una ola podría llegar hasta nosotros, ó si distábamos bastante de la orilla. Empezó á lloviznar, y nos retiramos á «La Casa Blanca.»

Pintoresco es San Blas, en su mayor parte de casetas de tablas y cabañas de entretrejidas varas, entre esbeltos cocoteros que de los techados de tejas ó palmas sobresalen á doble ó triple altura, circuido de huertos y esteros, con calles areniscas y escasos moradores, una plaza con jardinillo sonriente y

una iglesita blanca. Tres horas bastarían, al que no tuviese allí ni conocidos, ni amigos, ni negocios, como nosotros en aquella época, para experimentar el deseo de abandonar la población, satisfechos de conocerla, si no ofreciese el espectáculo del mar, que es, como dice la Pardo Bazán, «espectáculo siempre variado, siempre atractivo, en su eterna magnificencia;» pero tres días bastan, no digo para esas impresiones, sino para creer en lo que, según tradición ó rondalla, deste el altar mayor de la iglesia indica la estatua de San Blas á los forasteros, echando al aire los dedos índice y cordial de la mano derecha en ademán de disyuntiva: «O te mueres, ó te vas.» Con efecto, en tres días de permanencia en el puerto, siente uno que si no se va se muere, ó de las endemias de aquel ardiente clima, ó del cansancio abrumador, del mortal enervamiento que produce en el verano, sobre todo á las horas bochornosas del día, en que el calor nos adormece bañados en copiosa transpiración, y el jégén nos sangra sin piedad. Acrecentábase para nosotros el peso de aquellas horas, con lo incierto del arribo del barco de vapor que había de conducirnos por aquella desconocida soledad del océano. Temíase que los barcos esperados no tocasen en puertos de Méjico en su travesía de Panamá á San Francisco de California, por no exponerse á cuarentena, ó que, por la de observación á que debía sometérselos en Acapulco ó Manzanillo, retardasen su llegada, y pensando en la indefinida prolongación de nuestra estancia en San Blas, se me

ocurría verdadero lo del santo: «O te mueres, ó te vas.»

Pero no me importaba esa incertidumbre, ni la desolación, ni el marasmo del puerto, cuando al caer la tarde íbamos á pasear por la mar, ó, allende la barra, á la hermosa playa del Rey. Separada de un estero por repuesto y hojoso bosquecillo, se dilata espaciosa, con su menuda arena y sus arrecifes combatidos de las olas y salpicados de espuma; descubriendo la inmensidad del Grande Océano y otro alto peñón albicante que á siete millas se levanta entre las aguas, brillando al rayo del sol. Pasamos varios días, compartidas sus serenas tardes en aquella risueña playa, en el pailebot del resguardo marítimo, en paseos por el abrigoñón denominado El Pozo y en la vista de la pesca de almejas que se crían en el acervo de la orilla, de donde las sacan multitud de hombres, mujeres y chiquillos, llenando de conchas sus banastas.

A las nueve de la mañana del ansiado día de la partida, tres repiques en la Garita, la atalaya del puerto, anunciaron haberse avistado el barco que esperábamos; y á las once, pasada la visita de la capitanía y de la comisión de sanidad, cuyo regreso aguardamos en el ándito de aquel edificio, nos entramos, para ir á bordo, en la balandra de Manuel, viejo barquero que nos vendía jaibas y almejas, y nos había conducido en su canoa y á cuetas en nuestros paseos vespertinos. Hicimos felizmente el temido paso de la barra, caminando á grandes bogadas, al golpe de cuatro remos hábil-

mente gobernados por un piloto jóven; subíamos y bajábamos mecidos por las olas que como tendidas lomas avanzaban hácia nosotros. Nos abrieron paso los botes arbolados al «Colima,» al pie de la escala, donde difícilmente se mantuvo atracado al nuestro con el cocle, y subimos al barco, no sin cuidarnos de saltar en la escala al momento que salía del agua su último peldaño, y antes de que subiese más, ó volviese á sumergirle el balanceo de la embarcación.

Instalados en un camarote de popa, hallamos á la cabecera de cada cama, debajo de los cojines, un salvavidas, y probamos á medirnosle; deseando que no nos obligase á usar de él el Cordonazo de San Francisco, temido en esos días. Recorrimos en seguida el «Colima,» y en el piano de la sala principal celebró *Duralis* nuestro embarco.

A las doce sonó por los corredores de cubierta el batintín chinesco, y en breves instantes nos hallamos sentados á una de las mesas del comedor, presidida por el contramaestre, junto al médico de la compañía de navegación y delante de un abogado y un visitador de aduanas que tenía juntas en mitad de su ancha frente dos profundas cicatrices. Servían la mesa algunos chinos, limpios, vestidos de camisas blancas, de seda, de anchas bocamangas, afeitados del rostro y de media cabeza, y enredada la trenza en la morra. Con las listas de comida en inglés, no acertó el visitador á pedir un platillo de su agrado, y por no tomar de intérprete á alguno de los que le ofrecíamos nuestros bue-

nos oficios, contentó su golondro con servirse del ambigü que cubría la mesa, acaso más abundante en manjares que la lista enigmática.

Del comedor pasamos á las cámaras de la maquina: eran tres, una sobre otra, comunicadas por escalas de rejillas de hierro como el piso de las cámaras. En la primera estaban los condensadores, fijos en el centro, y la última, la de las calderas, se abría en el fondo del barco, sumergida en el agua, sin ventilación ni más luz que la de alborotantes de gas fijos en la amurada, y la rojiza que salía del ancha boca de tres enormes hornos llenos de carbón de piedra hecho ascuas. El fuego vivísimo elevaba la temperatura tanto en aquella profundidad, que sentíamos tost rse nos la cara y las manos, anhelante la respiración, un sudor copiosísimo, como en baño ruso, y que la ropa nos quemaba como si la hubiésemos sacado de aquellos hornos. Los atizaban tres fagoneros, de cara y brazos negros como la hornaguera, en camiseta negra, con cachucha negra también y empapados en sudor que daba lustre   su piel y ropa atezadas. Todo en los tres compartimientos estaba caliente y enaceitado, el pavimento y los bruñidos pelda nos muy resbaladizos, y en las barandillas de las escalas no podíamos apoyarnos. Al salir, experiment  sobre cubierta la misma sensación de frío que al entrar en los refrigeradores de la cervecería de Hermosillo, Sonora, donde la temperatura est    cero grados.

Bajamos después al departamento de 3  clase, al

barrio de los chinos, construido en el centro del enorme casco. Era un ca n largo, estrecho, flanqueado de camarotes   cubiles, especie de nichos   gavetas como para colocar de lado los ataudes, y escasamente iluminado por lucanas cerradas con vidrio,   través del cual se veía el mar en movimiento. Afuera de los camarotes, numerosos chinos, desnudos de cintura arriba, acomodaban   limpiaban ropa,   enseaban mercaderías   algunos pasajeros, entre multitud de pericos colgados en jaulas   argollas. Adentro de los camarotes, entre montones de trapos, cacerolas de comida, piltrafas de pan, fruta podrida, se asomaban algunas chinmas semiacostadas, escualidas, cetrinas, casi desnudas; otras amamantaban   arrullaban   sus chiquillos. Todo aquel recinto estaba envuelto en una atmósfera pestilente, nauseabunda, que no pudimos soportar sino breves instantes, y precipitadamente tratamos con algún efecto que se nos propuso en venta, y nos alejamos ya con conatos de mareo, lamentando que aquel barco de vapor, tan hermoso, tan elegante sobre cubierta, escondiese tanta inmundicia en el antro obscuro y estrecho, donde apiñados vegetaban cien mogoles y sus familias.

A las cinco de la tarde empezó   moverse el «Colima», arrojando   babor y   estribor oleadas espumosas al romper las aguas; y sentado yo sobre cubierta, reclinado en la borda, v  perderse de vista la costa, y extenderse en el océano la obscuridad de la noche. Veíanse   las nueve, en el hori-

zonte, hacia el poniente, dos llamas juntas sobre las aguas: era la luna en su primer octante, que ocultaba sus dorados y brillantes cuernos en la mar, proyectando sobre las aguas oscuras, ancha faja luminosa.

Hallábame en un mundo nuevo, y empezaba nuevas costumbres, nuevo régimen de vida. Revelábaseme la existencia de placeres hasta entonces desconocidos, de emociones profundas, antes i.o sentidas: tristezas, asombros temores, sobresaltos, presentimientos que no se experimentan sino en la mar, donde conmueve más honda y dulcemente la ausencia de lugares queridos y seres amados. Sentía despertarse dentro de mí el instinto de que en lo sucesivo tendría más estimación de la vida, más valor en los peligros, más ánimo en las empresas, más fortaleza en los infortunios, más salud y vigor en el cuerpo, más tranquilidad y regocijo en el alma; y me repetía la exclamación de Pierre Loti:

«¡Oh, qué hermosa la vida al aire libre, la vida errante! ¡Qué lástima llegar mañana!»

—:O:—

## CÁNTICO EN EL BOSQUE